

Para el teatro tu falta
Sería mayor tragedia.

A una hermosa dama que en una visita se cubría la cara con el abanico.

Con el abanico cubres
El rostro; que es necesario
Para que no abraze el sol,
Que se interponga un nublado.

A la subida del pan que hicieron los tahoneros en tiempo de una lluvia muy favorable.

Veo con admiracion
Que el pan, por mucho que llueva,
Se pone sobre las nubes
Cuando el agua baja de ellas.

A un cocinero que se había separado de su mujer.

Mal á su mujer queria
Un cocinero afeitado,
Y acaso consistiria
En que él guisados hacia,
Y ella algun desaguinado.

Habiendo visto en el Prado á un presidiario castigado por haber hurtado bellotas en el Pardo.

Al que por bellotas sufre
Una pena tan gravosa,
Bien se le puede llamar
Un animal de bellota.

A la muerte del autor, para cuando llegue el caso.

Mi epigramático genio
Pide á Dios con eficacia
Que cuando llegue la hora,
Sea en su divina gracia,

Mi muerte tan breve y buena
Como el mejor epigrama.

Para pedir á Dios el agua por intercesion de san Isidro y de su esposa santa Maria de la Cabeza.

SONETO (1).

Glorioso labrador justificado,
Que con tu santa venerada esposa,
Desde la humilde esteva venturosa
Hasta el cetro inmortal fuiste elevado.

Tú, que tras del impulso del arado,
Fecundaste con mano generosa
La porcion más amena y espaciosa
Del carpetano suelo afortunado;
Pues veis nuestra aficcion y desconsuelo
En la gran sequedad que el campo encierra,
Y la abominacion que el hombre fragua,
Alcancen vuestros méritos del cielo,
Y reguemos con lágrimas la tierra,
Para que Dios la riegue con el agua.

Por accion de gracias por haber llovido.

Eficaz protector, Isidro santo,
Compañera feliz, Maria bella,
Ya vencisteis la infausta y dura estrella
Que influia cruel nuestro quebranto.

Gracias os da Madrid por favor tanto,
Pues ya el agua templó nuestra querella,
Cuyo insigne favor de nuevo sella
La dicha que en vos halla nuestro llanto.

En nuestros pechos hoy se verifique,
Por la gran confianza que en vos tienen,
De este nuevo favor para memoria,
Que al paso que la tierra fructifique,

Hagan tan dignos frutos, que nos llenen
De abundancia inmortal y eterna gloria.

(1) Hemos hallado, manuscritos, este soneto y el siguiente entre los papeles de Jovellanos. (Nota del Colector.)

DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Poeta cómico y lírico de fines del siglo pasado, muy popular, aunque de escaso mérito. Son lindas las décimas que escribió con el título *Memorial en estilo burlesco*. Su comedia *El Pintor fingido* es agradable.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.

En 1789 imprimió en Pamplona un canto épico en octavas, titulado *Extremos de lealtad y valor heroico navarro*. Coscuella, en folio. RODRIGUEZ DE ARELLANO era natural de Navarra: lo dice él mismo en este poema.

Publicó en 1806 sus *Poesías varias* (imprensa de Repullés, un tomo en 42.º). Las dedicó á la Marquesa de Santa Cruz, con quien le unian vínculos de agradecimiento. No incluyó en la coleccion de sus poesías una silva lánguida é interminable (31 páginas en 4.º), que, en 1789, publicó en Pamplona con este título: *Navarra festiva, en la aclamacion de su católico monarca el señor don Carlos IV*.

Compuso, tradujo y refundió varias obras dramáticas. Veintiseis de ellas han visto la luz pública. Se le atribuye, además, *La Lealtad, ó la Justa Desobediencia*, comedia publicada con el nombre de *Gil Lorena de Arozar*, anagrama imperfecto de RODRIGUEZ ARELLANO.

C.

POESÍAS.

ODA AL ALTÍSIMO.

Pues ves ¡oh musa mia!
El orden admirable de las cosas,
Y cuántas relaciones prodigiosas
Encierra su armonía,
Canta en tono elevado
Al Hacedor de todo lo criado.
A una voz hizo el cielo,
La tierra, el sol, la luna y las estrellas,
Brutos, aves y peces, flores bellas,
Que ornan el verde suelo;
Y por fin hizo al hombre,
Mística copia de su esencia y nombre.
Creador increado,
Fin y principio de cuanto es, ha sido,
Y de cuanto será, reconocido
Se ve, y glorificado
En cuantas criaturas
Pueblan la tierra y las esferas puras.
Por él, en la erizada
Fria estación, los montes eminentes
Se coronan de nieve, que en mil fuentes
Y arroyos desatada
Por el favonio blando,
A los valles descende murmurando.
El hace que la aurora
Al campo vierta animador rocío;
Que espigas dore el abrasado estío,
Y que Pomona y Flora
Canten sus atributos
Con flores bellas y sabrosos frutos.

Desde su rico asiento,
Árbitro de los bienes y los males,
De los rápidos orbes celestiales
Regula el movimiento;
Y con frágil arena
Del Ponto airado la soberbia enfrena.
De sus manos sagradas
Tiene en la diestra la clemente oliva,
Y en la siniestra el rayo, que derriba
Las torres elevadas
Y alcázares costosos,
Que erigen los mortales orgullosos.
Magnífico, insondable,
Todo es fecundidad, todo clemencia,
Todo justicia, todo providencia,
Y en todo es inefable;
Pues su sér excelente
Cabe en sí mismo, y no en la humana mente.

De bienaventurados
Espíritus inmensa muchedumbre
Rodea el trono de su excelsa lumbre;
Y en su amor abrasados,
Con admirable canto
Le apellidan, ¡oh Santo, Santo, Santo!
¡Quién de tu fortaleza.
De tu bondad y ciencia dignamente
Podrá cantar, Señor omnipotente?
Nadie; que en la grandeza
De tu insondable abismo,
Eres tú solo lengua de tí mismo.

EPIGRAMAS.

I.
A la mi dulce señora,
A la que entre todas bella,
Es de mis dichas estrella,

Y á todo el mundo enamora;
A la que me vuelve loco
Y me aprisiona en sus redes,
¿No la conocen ustedes?
— No señor.— Pues yo tampoco.

II.

Doce calvos casualmente
Se juntaron cierto dia,
A oír un fraile que tenía
Don y fama de elocuente;
Pero él antes de empezar
Los miró, y torciénd el gesto,
Dijo: Señores, ¿qué es esto?
¿Es iglesia ó melonar?

II.

De un clavel en la frescura,
Que besar Fili solía,
Se escondió Cupido un dia,
Por sorprender su hermosura;
De tiempo á distancia poca
Fili el beso satisfizo;
Salió Cupido, ¡y qué hizo?
Quedar cautivo en su boca.

IV.

De parto estaba, y penoso,
La pobre mujer de Lucas;
Ponia el grito en los cielos,
Sordos á sus quejas muchas;
Lucas tambien se quejaba
De verla en tanta apretura;
Y ella, para consolarle,
Le dijo: No me consumas;
No llores por mis dolores,
Que tú no tienes la culpa.

CUENTOS.

I.

De un rico dorado coche
Tiraban cuatro muletas,
Muy jóvenes, muy briosas,
Y de condicion revuelta;
Pararon junto á una casa,
A tiempo que por la acera
Pasaba un fraile muy gordo;
Y deteniéndose á verlas,
Receloso de algun cosque,
Iba ya á dar media vuelta,
Cuando el cochero le dijo:
Bien puede su reverencia
Pasar, porque son seguras;
Y el fraile, con mucha fiema,
Repuso: ¿Qué son seguras,
Las coces ó las muletas?

II.

Una misma habitacion
Ocupaban dos hermanos

Tan parecidos, que nadie
Podía diferenciarlos;
A uno de ellos pretendía
Hablar en secreto un payo;
Al portero llama, y éste
Le dice muy mesurado:
¡A cuál de los dos buscáis?
—Al alto.— Los dos son altos.
—Busco al más flaco.— Los dos
Son iguales en lo flaco.
—Busco al que es casado, y tiene
Una mujer que es un pasmo.
— Los dos tienen dos mujeres
Que es cada una un milagro.
—Pues, señor, busco al que silban
Por la calle los muchachos.
—Amigo, aún eso no basta,
Porque los silban á entrambos.

SONETOS.

I.

Huye animoso, mísero forzado,
Del cautiverio que le tuvo en pena,
Y ante las aras cuelga la cadena
En que vivió feliz aprisionado.
Así yo, del amor escarmentado,
El alma toda de contento llena,
Cuelgo en las aras de la paz serena
El hierro que me tuvo esclavizado.
¡Oh desden venturoso, que rompiste
Prision de tantos años en un día!
Bendigo tus influjos celestiales;
Y para demostrar cuanto pudiste,

ROMANCES.

I.

ABENZULEMA.

Sobre una alfana pintada
De manchas blancas y negras,
Veloz como el pensamiento,
Y hermosa como ligera;
El rayo de Andalucía,
El asombro de la guerra,
El honor de los Gazules,
El gallardo Abenzulema,
Absorto en sus pensamientos,
Lleno de tristes ideas,
Desde Coín á Granada
Caminaba á rienda suelta;
Sobre los hombros plegado
El capellar, cuyas sueltas
Puntas á embates del viento
En varios giros ondean;
Bajo la marlota rica
Jacerina cota lleva,
Y las tocas del turbante
Acerado casco aprietan;
Corvo alfanje damasquino
Del lado siniestro cuelga,
Y una lanza de dos hierros
Airosamente maneja;
Poderosa adarga embraza,
En cuyo fondo se muestra
El firmamento pintado,
Y en medio una grande estrella,
Con una arábica cifra
Que su contorno rodea,
Y dice: *Si ésta me falta,*

Mas que todas se oscurezcan.

Apresurado camina
A una quinta, cuyas cercas
El fresco y claro Genil
Con sus puras aguas riega;
Que allí le espera Zoraida,
Zoraida, su amada prenda,
Maravilla de hermosura,
Y mucho más de firmeza;
Porque su padre Aliatar
Casarla quiere por fuerza
Con un moro mal nacido,
Pero rico en gran manera,
Y del peligro avisado
El valiente Abenzulema,
A socorrer su querida
En alas de su amor vuela.
Contra la robusta alfana
Se irrita, porque quisiera
Que sus mismos pensamientos
Igualase en ligereza;
Y ya derramaba flores
Al campo el alba serena,
Y del deseado sitio
Distante estaba una legua;
Cuando detienen los pasos
Veloces de su carrera
Tristes femeniles ayes
Que á su oído el viento lleva.
Atento á escuchar se para;
Repite el aire las quejas,
Y animado á un tiempo mismo
Del valor y la nobleza,
Enriesta la fuerte lanza,
La adarga al pecho sujeta,
Y se dirige hácia donde
Las voces dolientes suenan.
Un escuadron de cristianos

En vez de tabla ofrezco el alma mía,
Y con ella la historia de mis males.

II.

¡QUÉ MISERIA!

Larga carrera amar, la vida breve;
Duro el principio y lleno de tormento;
Dudoso el acertar, y á par del viento
Es la ocasión precipitada y leve;
Por más que su doctrina blanda apruebe
El Amor de su escuela en el asiento,
Mil penas suele dar por un contento,
Y éste tan frágil como al sol la nieve.
Verdugo del deseo es la esperanza;
Los celos furia son, y luego llega
La posesion del tedio á los umbrales;
Y sin embargo, ¡tanto aplauso alcanza
Secta tan vil, en sus engaños ciega!
¡Miseria condicion de los mortales!

III.

Del halago del vicio seducido,
Abandoné de la virtud la senda;
Viví sin modo, término ni rienda,
En infames deleites sumergido;
Malogré de mi edad lo más sufrido,
Huyendo aún los recuerdos de la enmienda;
Y el desengaño, en fin, corrió la venda
Con que tuve el discurso entorpecido;
Vime; pero me hallé tan diferente,
Que era una sombra miserable y vana,
Al alto sér del hombre cotejado;
Y ahora, triste, lloro amargamente;
Pues de los gustos de mi edad lozana
Sólo remordimientos me han quedado.

A pocos pasos encuentra,

Que conducian cautivos
A Aliatar y su hija bella;
Pero no tan pronto el rayo,
Desprendido de la esfera,
Con rápido curso mide
Distancias de cielo y tierra,
Como el valeroso moro
Con los enemigos cierra,
Sin que la desigualdad
Del número le detenga;
A éste hiere, á aquél derriba,
A uno mata, á otro atropella,
Y rota la aguda lanza,
Al corvo cuchillo apela;

Valientes son los cristianos,
Pero el moro es una fiera,
Que le han robado los hijos;
Venganza ó muerte desea.

Adonde descarga el golpe,
Es vana la resistencia,
Que no es de la dura Parca
Más formidable la diestra.

Al martillar de las armas
Retumba la fértil vega,
Esparciéndose el estruendo
Hasta la nevada sierra.

No decae un solo punto
Del moro la fortaleza;
Pero las fuerzas decaen,
Que no son los hombres piedras.

Mide el suelo envuelto en sangre,
Tanto suya como ajena,
Cuando el cristiano adalid
Que aquella tropa gobierna,
Y admirando del mancebo
El brío, tuvo suspensas
Sus nunca vencidas armas

Mientras duró la pelea,
Con solo una voz las iras
De sus soldados refrena,
Que como sacres voraces
Se arrojaban á la presa.
Era el Alcides de Murcia,
El Fajardo, á quien debiera
Hacer estatuas la fama,
Coronando sus proezas.
Desmontando del caballo
Al fuerte moro se acerca,
Y estrechándolo en sus brazos,
Le dice de esta manera:
«Valiente eres, africano;
Gallardamente peleas;
En tu empeño reconozco
Tu virtud y tu nobleza.
» Si hombres como tú defienden
De Granada las almenas,
Dificilmente pondrémos
Las rojas cruces en ellas.
» Yo te doy la libertad,
Y también por tí la tengan
Esa mora y ese anciano
Que he cautivado en la vega.
» Si enemigos te persiguen
O necesidad te aqueja,
Soy Fajardo, en Murcia vivo;
Allí hallarás cuanto quieras.»
Atónito el noble moro,
Derrama lágrimas tiernas;
Que lo que no hizo el acero,
Lo consiguió la fineza.

«Bien se conoce, le dice,
La sangre que ardé en tus venas!
Ahora veo que Granada
De su caída está cerca!
» De qué sirve que sus muros
Lanzas y adargas defiendan,
Si enemigos corazones
Conquistáis de esa manera?
» Más que la vida me has dado;
Porque yo no la quisiera,
Perdiendo esa hermosa mora,
Que es alma de mis potencias.
» Permite ponga los labios
Donde las plantas asientan....»
No lo consiente el Fajardo,
Y sus abrazos renueva.

Despidense enternecidos;
A la hermosa quinta llegan
Los tres cautivos, ya libres,
Donde sus dichas celebran;
Y Zoraida las heridas
Cura de su Abenzulema,
Más con amantes cariños
Que con saludables hierbas.
Y así que hubo recobrado
Sus debilitadas fuerzas,
Aliatar le dió á Zoraida
Justo pago á tanta deuda.

II.

EL PAJARILLO CONSOLADOR.

En torno de su querida,
Cautiva en estrecha jaula,
De un tirano cazador
Por la crueldad villana,
Un pajarillo inocente,
Que con ternura la amaba,
Con inquietud extendía
Las leves veloces alas;
A impulsos del sentimiento
Que su corazón traspasa,
Muerde los hierros crúeles
Que de su bien le separan;
Pero viendo á tanto empeño
Todas sus fatigas vanas,
Los melancólicos ojos

Fijando en su bien amada,
Con los acentos dolientes
Que del corazón exhala,
Parece que la decia
Con enamoradas ansias:
«Ten paciencia, prenda mía,
Porque la fortuna vária,
Estable sólo en no serlo,
También de adversa se cansa.
» Suele llegar la ventura
Cuando es menos esperada;
No hay cosa que se resista
Al tiempo y á la constancia,
» Tiempo llegará sin duda
En que en las selvas amadas
Convirtamos en dulzuras
Las que ahora son desgracias.
» En el mágico silencio
De las soledades gratas,
Bajo sombras apacibles,
Y junto á las fuentes claras,
» Disfrutaremos gozosos
La dulce paz deseada,
La paz de los corazones,
Nuevo sér á amantes almas.
» Si todo en el orbe espira,
Si todo muere y acaba,
» Han de ser para nosotros
Sin remedio penas tantas?
» ¡Quién nos hará desdichados
Si te amo y tú me amas!
Piérdase todo, bien mio,
Menos amor y esperanza.
» Yo en tanto suavizaré
La prision que te maltrata,
Cantando de tu hermosura
Las perfecciones y gracias.
» Padeceré si padeces,
Yo cantaré si tú cantas,
Yo lloraré si tú lloras,
Todo tuyo y mio nada.»
Dijo el tierno pajarillo,
Y alegró á su prenda amada,
Que con el pico de rosa
Correspondió tan humana,
Que por entre duros hierros
Su alimento le regala.
Fuése alegre, que con poco
Se contenta el que bien ama.

III.

DESPEDIDA.

Para siempre os abandono,
Pastoras de Manzanáres,
Porque mi querida Celia
No quiere que os acompañe.
Ella dice que depende
Su dicha de mis verdades,
Y que el ponerlas á riesgo
No es muy seguro dictámen.
Sólo de no conocerse
Sus desconfianzas nacen;
Que si no, ¿cómo cupiera
El tener celos de nadie?
Diréis, ¿quién es esa Celia,
Para que tanto la ensalces?
¡Ah! no pisó otra más bella
Del río la verde márgen.
El cielo todo en su alma,
Todo el sol en su semblante,
Toda la gracia en sus ojos,
Y todo el brío en su talle.
Esta es mi Celia; notad
Si, para que la idolatre,
En tan soberano objeto
Tengo disculpa bastante.
Tiempo fué en que yo burlaba
De los gallardos zagales,
Tratando como locuras
Sus sentimientos amantes.

Para vengarse el dios ciego
Hizo que á Celia mirase.
Y entre mirarla y rendirme
No sé cuál pudo ser antes;
Pero amor quedó burlado,
Porque siempre hicieron y hacen
Felices correspondencias
Dichosas cautividades.
No me veréis cual solía,
En vuestras fiestas y bailes,
Acompañar con la lira
Vuestros rústicos cantares.
Sólo con mis pensamientos,
Ya en el monte, ya en el valle,
Cantaré dichas de amores
En mis dulces soledades.
—Pero, Celia, ¿no es posible
Que tal vez llegue á olvidarte?
Me dice que no, y la creo;
¿Cómo ha de mentir un ángel?
Con que, si os dejo, pastoras,
Es fineza, y no desaire,
Porque Celia es muy celosa,
Y yo demasiado amante.

LETRILLAS.

I.

Aquel pobre estudianton
Tan pelado de cogote,
Yo le vi erguir el garrote
En más de una oposicion,
Y de razon en razon
Concluir al más preciado,
Y mendiga eldesdichado
Porque no supo adular;
Andar.

Ese que tan grave pasa,
Es político profundo;
Quiere gobernar al mundo,
Y no gobierna su casa;
Discurre y habla sin tasa,
Es muy grande proyectista,
Pero mayor petardista,
Pues no hace sino estafar;
Andar.

¿No ves aquella indecente,
Cuya desnudez irrita?
¿No la ves cómo tirita
Y se da diente con diente?
Pues dice que no lo siente,
Que hace tiempo de calor,
Y que está envuelta en sudor,
Por más que vea nevar;
Andar.

¿Ves aquella que blasona
De gran señora en un coche?
Pues yo la vi que de noche
Comerciaba de buscona,
Y ya luce la persona,
Porque trata sin desden
A un rico Matusalcñ,
Que la ha sacado á volar;
Andar.

Aquél es un mercader
Que va á la escuela de Cristo;
Pero en robar es tan listo
Como el mismo Lucifer;
Lo que diez le costó ayer,
Hoy lo vende á veinticuatro;
Pero nunca va al teatro,
Porque se quiere salvar;
Andar.

El que pasa por allí
Con la cabeza torcida,
No oye una misa en su vida,
No estando la corte aquí;
Que entónces acude, sí,
De palacio á la capilla,
Donde se postra y humilla
Porque le vean orar;
Andar.

A una familia mató
Esa vieja redomada,
Que á la niña desdichada
Que la acompaña robó;
Como á hija la crió,
Y dedicándola al vicio,
Hace de su infamia oficio,
Vendiéndola sin cesar;
Andar.

Estas y otras muchas gentes
Que contar prolijó fuera,
Viven como si no hubiera
Penas para delinquentes;
Mas yo sé de diferentes
Que el Peñon y Cartagena
Les darán posada buena
Cuando las vean llegar;
Andar.

II.

Madre, la mi madre,
Yo tengo un aquel,
Que dentro del pecho
Siento no sé qué;
Yo vide el disanto
Un lindo doncel,
Más fresco y hermoso
Que el florido mes;
Sus cabellos de oro,
De plata su tez,
Rosas sus mejillas,
Sus labios clavel;

Sus ojos de fuego
Sin duda, porque
Sólo de mirarlos
Me sentía arder.
Sacóme á la danza,
¡Qué alegre bailé!
Y me dijo cosas
Más dulces que miel.
Acabose el baile

Al anochece,
Y me hallé en tinieblas
Al verme sin él.

Afligida entónces,
¡Cuánto me acordé
De los girasoles
De nuestro verjell!
Porque el sol apénas
Se llega á esconder
Tras de esas montañas
Que en frente se ven,

Al punto les entra
Tanta languidez,
Que las cabecitas
No pueden tener;
De la misma suerte
Yo, madre, quedé
Marchita, angustiada,
Al irse mi bien.

De aquí á dos disantos
Prometié volver,
Pero para entónces
Yo me moriré.

Ni el sueño conozco,
Ni puedo comer,
Y lloro y me quejo
Sin saber por qué.

El campo me enfada,
La aldea también,

En nada hallar puedo
Ni un leve placer.

Sobre el corazón
Un peso críuel
Aun de que suspire
Me embarga el poder.

Me abraso y me hielo,
Y á mi parecer,
Si este mal prosigue,
Desesperaré.

¡Ay, madre! ¿qué es esto?
Dígame lo que es;
Si me ha dado hechizos
El lindo doncel?

— Con la causa aciertas
De todo tu aquel;
Hechizos de amores
Te han dado á beber.

— ¿Y no habrá remedio?
— ¡Pues no le ha de haber?
— ¿En dónde? — En la iglesia.

— Pues, madre, ¿qué haceis
Que no me llevais?
— Ya te llevaré.

— ¿Cuándo? — Cuando vuelva
Tu amado doncel,
Y diga ante el cura
Que te quiere bien;
Que éste de tus males
El remedio es.

III.

¿Y qué tenemos con eso?
Está el médico ocupando
La mesa del mediator,
Olvidado del dolor

De uno que dejó espirando;
Prosigue alegre jugando,
Y en tanto que se divierte,
Paga el otro con la muerte
Del guadaña el embeleso:
¿Y qué, etc.

El que ayer era un pelon,
Y no pasó de cochero,
Hoy la echa de caballero
De antiquísimo blason;

Quiere que le llamen *don*,
Porque agradó su mujer
A un señor, que mantener
Quiere con pompa su exceso;
¿Y qué, etc.

Un pícaro es festejado
Porque con gracia murmura,
Y no se halla honra segura
De su labio envenenado;

Pero yo soy despreciado
Porque quiero asegurar
Que es de buenos el honrar,
Y el no hacerlo poco seso;
¿Y qué, etc.

A un hombre mantuve yo
De limosna muchos dias;
A fuerza de picardías,
A un gran puesto se elevó;

Ayer junto á mi pasó,
Y del favor olvidado,
Por no verme, hácia otro lado
Volvió la cabeza tieso;
¿Y qué, etc.

Memorial burlesco que compuso el autor para un íntimo amigo suyo, pintando la suma infelicidad en que se hallaba, y solicitando la protección de un caballero de mucho valimiento.

DÉCIMAS.

Pues que la fama inmortal

Tan piadoso os considera,
Sedlo conmigo siquiera

En leer este memorial;
Os contaré de mi mal
Las crüeles tiranías

Que acabando van mis dias;
Porque son, en mi conciencia,
Grandes, como vucelencia,
Y extremadas, como mias.

Con once años de abogado,
Que son once eternidades,
Once mil necesidades

Son, señor, las que he ganado;
Totalmente rematado
Del hambre me llevo á ver;

No me puedo en pié tener,
Y en tan desdichado abismo,
Si no me como á mí mismo,
No tengo ya qué comer.

Pronto oiréis que perdí
Mi flaco vital estambre,
Pues no puedo comer de hambre,
Y el hambre me come á mí;

Pocos dias há lei
Que la dieta natural
Preserva de todo mal,
Y dije con impaciencia:
Si es segura esta sentencia,
Yo debo ser inmortal.

En San Felipe-el-Real
Hay un retrato divino
Del beato Tolentino,
Tan vivo, tan natural,

Tan perfecto, tan cabal,
Que al mirar tanta destreza,
La vista á dudar empieza
Si su ajustado nivel

Es efecto del cincel
O de la naturaleza.

Yo, que miré el perdigon,
Embistiéndole engañado,
Le di tan fuerte bocado,
Que le quité medio alon;

No fué rémora á mi accion
La dureza en lance tanto;
Y por comer, sin espanto
Proseguí con ansia ciega;

Y si el sacristan no llega,
Creo que me como el santo.
En mis vestidos enfada,
Y la cólera despierta,

Verlos tanta boca abierta,
Y yo la mia cerrada;
De banderas rodeada
Se mira la ropa mia,

Y en desdicha tan impia,
Señor, si lo consideras,
Verme con tantas banderas
Me ha de dar alferecia.

Entre otras ropas, ufano,
Sólo al tiempo ha resistido
Un manteo, más raído
Que conciencia de escribano;

De pringue está tan lozano,
Que si alguna visitilla
De cumplimiento me pilla,
Si acaso llevo á sentarme,

Cuando quiero levantarme,
Saco colgando la silla.
Como la suerte me humilla
A estado tan lastimero,

Habito un cuarto tercero
Con honores de guardilla;
Libre estoy de la polilla,
Pues por partes mil quebrado,
Furioso el viento irritado

Entra á verme; y para mí,
Lo mismo es vivir allí,
Como vivir en el prado.

Para librarme del trato
De mucho infernal raton,
Me veo en la precisión

De tener conmigo un gato;
Al llegar del sueño el rato,
Se pone de centinela;
Y aunque nada me consuela,
Me rio entre mis enojos,
Sólo de ver que sus ojos
Me suelen servir de vela.

Tan flaco, tan vejestorio
Estoy con lo que padezco,
Que me dicen que parezco
Desertor del purgatorio;

A todo el mundo es notorio
De mi fortuna el desaire;
Y sin que sea donaire,
Como há tanto que no como,

Me pongo en las piernas plomo,
Porque no me lleve el aire.
Para cañon de escopeta
Me dijeron que servia;

Pero, señor, en el dia
Ni aun sirvo para lanceta;
Yo os juro á fe de poeta,
Juramento en mí el más propio,
Que tanta flaqueza acopio,
Que si entran á visitarme

Mis amigos, para hallarme
Se valen de microscopio.
Y pues ya por mis razones
No ignorais el mal que paso,

No seais conmigo escaso,
Lloved en mí bendiciones;
Participé vuestros dones
Un ingenio abandonado,

Que yo pediré postrado
Al sumo Sér poderoso,
Que os haga á vos tan dichoso
Como yo soy desdichado.

EL CUERDO Y EL NECIO.

FÁBULA.

En pos de las moscas,
Que le impacientaban,
Un necio, corriendo
Por toda la casa,
Contra ellas furioso
Blandía una vara,
Sin sacar más fruto

Que el de alborotarlas;
Para una que heria,
Mil se le escapaban;

Y en tan fatigosa
Desigual batalla,
Estaba el tal hombre
Que el quilo sudaba;

Entónces un cuerdo,
De miel delicada
Un vaso dispone,
Con que sin tardanza,

Al olor suäve
Que el manjar exhala,
Acude á millares
La moscuna casta;

La miel pegajosa
Sus alas embarga;
Y al verlas ya presas,
Con adusta cara

Dijo el cuerdo al necio
Aquestas palabras:
*Con miel, no con palos,
Las moscas se cazan;
Lo que no la fuerza,
El agrado alcanza.*

DOÑA MARÍA DE HORE.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en 1742. Así en Cádiz como en Madrid, llamó la atención de la sociedad brillante é ilustrada, por su singular hermosura, por su lujo, por su elegancia y por su clarísimo entendimiento. Para expresar la simpática admiración que á todos causaba, llamábanla en Cádiz la *Hija del Sol*. Con permiso de su esposo, el caballero don Estéban Fleming, se retiró al monasterio de Santa María, de Cádiz, donde profesó el 15 de Febrero de 1780.

«DOÑA MARÍA DE HORE, dice Cambiaso, escribió un tomo de poesías ántes de su retiro al convento, un legajo de otras posteriores, algunas obritas piadosas y la nominada *Silva*. Todo esto lo legó á su confesor el Excmo. é Ilmo. señor don Pedro Cháves de la Rosa, obispo que fué de Arequipa y patriarca electo de las Indias, quien lo depositó en poder de doña Teresa Figueroa, vecina de San Fernando, adonde yo lo vi el año de 1816. Otro gaditano posee algunos versos originales de la misma señora. Impresas corren varias composiciones, traducciones de salmos y del *Mater dolorosa*, una novena á la Esperanza, etc....., de suerte que con los trabajos poéticos de esta erudita monja se pueden formar algunos tomos. Por nimiedad quemó y rompió otros muchísimos, y los que se conservan se deben al citado señor obispo, que no consintió, desde que lo supo, semejantes escrúpulos. Los versos de esta señora retratan su carácter, esto es, la amabilidad, el buen gusto, el amor, y manifiestan su mucha lectura.»

Muchos versos de DOÑA MARÍA DE HORE, procedentes de la coleccion de manuscritos poéticos que poseía el señor don Martin Fernandez de Navarrete, nos fueron franqueados por su nieto el señor don Eustaquio Fernandez de Navarrete, ilustrado y laborioso caballero, cuyo prematuro fallecimiento deploramos sinceramente. De estos versos sólo publicamos escasa parte, como muestra del estilo de la escritora. Los demas, como su *Despedida de las damas de la tertulia de don Antonio Ulloa*, que dejó escrita al marchar de Cádiz á Madrid, y su correspondencia poética con don Gonzalo de Cañas, aunque sembrados de ingeniosos rasgos, son poco dignos de la estampa por su desaliño y sobrado familiar entonacion,